

CIUDADES LEVITICAS³²

De igual modo que en los albores de la Edad Media europea, las ciudades y los villorrios surgían en torno de los campanarios, así también en la edad media mexicana, que es lo mismo que decir en la época colonial, fueron la ermita, la capilla o el convento el foco de atracción para los primeros pobladores de ciudades y aldeas.

Así nos lo dicen Arróniz y otros historiadores, y así lo vemos comprobado en la fundación de Morelia, Querétaro y muchas otras poblaciones, grandes y pequeñas.

En algunos casos, la minería, el comercio o la agricultura se presentan como los motivos determinantes de la formación de centros poblados; pero en muchos otros, tal vez en los más, las exigencias de la propaganda religiosa (misiones, conventos, etc.) y el amparo que ofrecía la influencia moral de frailes y misioneros, fueron causa poderosa para la agrupación de españoles e indios, a inmediaciones de las iglesias o de las casas monacales.

Los orígenes de Morelia, o sea de la antigua Valladolid, constituyen una buena demostración de este aserto.

Las primeras casas o chozas de Valladolid se levantaron en torno de humildísima capilla, fundada por Fray Antonio de Lisboa, el año de 1531.

Tan modestos fueron esta capilla y el convento primitivo, erigido también por los franciscanos, que el cronista Fray Alonso de La Rea manifiesta: “También el convento de Valladolid, seminario de la religión, fue un convento pequeño, hasta que se hizo grande, suntuoso y grave, cuyo principio dio el Padre Fray Antonio de Lisboa, con cinco reales en poder del Síndico, y hoy vale más de cien mil pesos”. (Crónica escrita el año de 1639).

El 1546, por mandato y personal intervención del Virrey don Antonio de Mendoza, tomó forma el poblado, como lo demuestra el siguiente relato que nos hace en su crónica agustina, de 1673, Fray Diego de Bazalenque:

³² *El Universal*, 12 de abril de 1927.

“Avía en la Provincia mucha gente noble, así de Encomenderos como de señores de Haciendas, a los cuales obligó el Virrey a que fundasen casas en esta Ciudad, no obstante que las tuviesen en sus Haciendas y Encomiendas. A otros de nuevo obligó a fundar...; de modo que juntó muy buena cantidad de gente, de la más Noble que avía en la tierra, como eran Villaseñores, Vocanegras, Cervantes, Orozcos, Infantes, Avalos, Contreras, Murguías, Banjeles y otros muchos, de arte que puso más de cincuenta familias de Nobleza, sin la que se le juntó para oficiales. Dióles grandes privilegios, MAS COMO NO LES DIO COMERCIO, no pudieron continuarse en sus hijos, mas por entonces quedó una Ciudad pequeña y muy noble, que acabó de tener asiento por los años de 1546”.

Todavía en 1580, nos dice el Padre Alegre Valladolid “no era más que un ruin cortijo, con ocho o diez casas de españoles y los conventos de San Francisco y San Agustín”.

Esta visible preponderancia de los eclesiástico sobre lo civil, se dejó sentir cada vez con mayor fuerza, y se acentuó sobre todo desde que, en 1580, se transladaron la sede episcopal y la catedral, de Pátzcuaro a la propia Valladolid, pues desde entonces a los elementos monásticos, ya numerosos, vinieron a sumarse los del clero regular.

A mediados del siglo XVII, existían ya en Valladolid conventos de franciscanos, agustinos, jesuitas, carmelitas, mercedarios, juaninos y dieguinos.

“Y entre estos enormes conventos, que eran de varones, fundáronse los de monjas, que se llamaban catalinas, rosas, capuchinas, carmelitas, teresitas, etc., y así quedó a mediados del siglo XVII formada la ciudad de Valladolid, con sus once conventos, cuyos huertos y predios limitaban los unos de los otros y entre los cuales se dejaban ver estrechos y sucios callejones.

“Las calles eran largas y tortuosas, con un caño en el centro, en donde se derramaban las aguas y DETRITUS; sin pavimentos, formando en la estación de lluvias fangos intransitables; obstruidas por materiales de construcción, acotados por cercas o paredes de edificios a medio fabricar” (“Páginas de Historia”, por Jesús Romero Flores).

En estas condiciones de atraso y de abandono, sin comercio, sin industria, sin recursos de vida propia, los habitantes de Valladolid tenían que depender en todo y por todo de la influencia eclesiástica, ya que a ella estaban subordinados en lo económico, en lo moral y en cierto modo hasta lo político.

La Iglesia poseía las mejores haciendas del contorno; la Iglesia tenía el poder financiero que le daban el cobro de los diezmos y la percepción de

las innumerables limosnas, legados, mandas, oraciones parroquiales, etc. La Iglesia, de más a más, pesaba tremadamente en el ánimo de los gobernantes, y disponía de una enorme fuerza moral sobre las conciencias de todos, grandes y pequeños. Regía la vida de las familias, hasta en los detalles más nimios; intervenía en los enlaces matrimoniales, en los conflictos domésticos, en las herencias, en la educación de los hijos, en el pensamiento y en la acción de los adultos.

No debemos pues, considerar exagerada, sino por el contrario, sujetada en todo a la verdad, la descripción que de aquella existencia semiconvencional hace don Jesús Romero Flores, uno de los pocos jóvenes de la actual generación que hayan sabido acometer la empresa de escribir sobre la vida regional, hurgando en archivos y bibliotecas, recopilando aquí y allá datos y observaciones, y haciendo salir de si mutismo a las añejas crónicas y a los polvosos pergaminos.

“Todo era en aquel tiempo del convento o para el convento: las haciendas de la Compañía de Jesús, los ranchos de Agustinos y hasta el potrero del Seráfico o del Señor de la Sacristía, cuando no legados a la instrucción, como la Hacienda del Colegio, en donde los mayordomos eran sujetos a la Orden Tercera, y los peones sudaban beatificamente para fomento del culto. El tejedor hacia los sayales; el constructor las capillas, el platero los vasos sagrados, el herrero las verjas historiadas de los pórticos, labradas a martillo; el ebanista los bargueños y sitiales de sacristías y coros, el músico ensayaba los motetes y misas de las fiestas y todo el pueblo se movía y giraba incesante por la Iglesia.

“La riqueza, acaparada por el Clero, absorbía la propiedad particular, por legados, donaciones o mandas, y dejaba un pueblo de hambrientos, que no tenía más recurso que pedir la sopa de los monjes o la escasa limosna del público.

“Frailes, había de todos: desde el asceta de vida modificada y contemplativa, cuyo cuerpo se consumía cubierto de cilicios, en la obscuridad de la celda, y el sabio ergotista y disputador en la cátedra, que también escribía libros de retórica hinchada, hasta el fraile, administrador de las riquezas y amante de fiestas y regodeos, y el lego que, montado en su mula, recogía las primicias en ranchos y aldehuelas, y empinaba el “charape” en bodas y en bullicios”. (“Páginas de Historia”, páginas 65 y 66).

Un caso concreto: los jesuitas, que en 1580 se establecieron en Morelia, privados de todo recurso, pues se sostenían con las limosnas de los fieles y con los alimentos que les enviaban las otras órdenes religiosas, podían, ya en 1660, emprender la edificación de suntuosas obras, valorizadas entonces en \$100,000, o sea, tres o cuatro tantos más justipreciados en la actual moneda si se considera la disminución de su poder adquisitivo.

¿De dónde provenía este rápido enriquecimiento? De donaciones y legados. Don Rodrigo Vázquez donó a los jesuitas una estancia con 30,000 cabezas de ganado menor, que vino a agregarse a otras fincas que ya poseían.

El caballero de Valladolid les donó ocho mil pesos: el Bachiller Roque Rodríguez Torrizo treinta mil, don Luis Rodríguez una hacienda con... 4,000 cabezas de ganado menor, et sic de coeteris. (“Bosquejo Histórico de Morelia”, por el licenciado Juan de la Torre, páginas 71 a 72).

La antigua y monacal ciudad de Querétaro nos proporciona datos semejantes.

Del famoso convento de monjas de Santa Clara nos refiere don Valentín Frías que

“dentro de él había manzanas y calles con su nomenclatura propia. Parecía el convento una población en regla, con sus calles, templos, plazas, jardines, huertos, fuentes públicas, casas de alto, etc. Baste decir que había más de cien religiosas, con dos, tres y hasta cuatro criadas cada una, y esto sin contar con las niñas; y cada religiosa tenía su celda compuesta hasta de cuatro o cinco piezas.

“El fundador dotó este convento con seis grandes labores de trigo y cuatro de maíz, con otros muchos sitios y estancias de ganado mayor y menor, y otras posesiones del Patronato, que sólo éstas rentaban dieciocho mil pesos anuales” (“Leyendas y Tradiciones Queretanas”, página 402).

El Clero de la Nueva España, apartándose del ejemplo trazado por los primeros e insignes misioneros, entraba así de lleno, y sin tomar la menor precaución para evitarlo, en la peligrosa vía de las ambiciones y de las codicias terrenales. De allí habían de resultar complicaciones y conflictos, cuyas consecuencias se hace sentir todavía hoy, pesadamente, sobre la Iglesia.